

Mahón, sábado 27 Julio de 1912

EL PORVENIR DEL OBRERO

Nuestro aplauso

Aunque ajenos a toda cuestión política, también nosotros queremos alabar al diputado por Menorca su proyecto de descentralización administrativa en esta provincia arbitraria, formada por islas que gracias al caciquismo hasta hoy no han podido considerarse como hermanas.

De las palabras «patria» y «patriotismo» se ha hecho un abuso tan desvergonzado que resulta muy sospechoso el presentarse como patriota, pues pocos lo son de buena fe y muchos para sus personales provechos.

Sin embargo, el doctor Llansó carece de las malas cualidades que abundan entre los políticos, y por esto no es inconsecuencia ni ligereza en nosotros el aplaudir sus trabajos favorables directamente a Menorca e Ibiza.

Descentralizar es disminuir el despotismo del Estado; y cuanto se haga por agrandar y fortalecer la autonomía, tanto de los individuos como de las agrupaciones naturales y sociales, nos parece labor de progreso que hubiera honrado a los republicanos españoles si estos hubiesen oído y comprendido al gran Pi y Margall.

Hoy la idea de patria interesa menos a los trabajadores que hemos proclamado la solidaridad internacional; pero verdaderamente lo que estorba no es la patria, sino los límites y las divisiones; no es el amor a la ciudad o a la región o a la lengua o a la raza, sino el odio al extranjero que sacerdotes y gobernantes inspiraron a los pueblos primitivos, y el aislamiento de los sometidos mientras los grandes malhechores de la diplomacia y de los negocios se extienden por encima de la frontera y realizan sus combinaciones sin tener para nada en cuenta los verdaderos intereses de los pueblos.

Nos place la autonomía administrativa de Ibiza y Menorca, porque con ello ganarán estas dos islas y también la de Mallorca, que ha ve-

nido representando un triste papel de dominador injusto, con lo cual se despertaba un odio que no merecen ciertamente los mallorquines, que en su mayoría no son culpables, sino las primeras víctimas del inmoral y vergonzoso caciquismo maurista.

Contra ese caciquismo, que tan al desnudo quedó en el asunto de la niña de la Inclusa entregada a unos mendigos, podemos y debemos protestar todos. ¿Qué garantías puede ofrecer, una Diputación provincial que aprobó una acción tan repugnante y que luego puso todo su empeño en amparar a los culpables cuando el pueblo se alzó enérgico para remediar el daño?

En cuanto a los trabajadores mallorquines, el hermoso ejemplo de solidaridad que ofrecieron los trabajadores menorquines con motivo de la huelga de zapateros está muy reciente para que se puedan interpretar equivocadamente nuestra actitud y nuestros sentimientos.

Los trabajadores de Mallorca son nuestros hermanos, como los de todos los países y razas; y los explotadores, moros o cristianos, blancos o negros, son nuestros irreconciliables enemigos; y nunca un mal entendido «patriotismo rincónero», como decíamos el otro día, nos llevará a odiar o menospreciar a los nuestros ni a hacernos cómplices de los crímenes que en nombre de la patria, grande o chica, intenten cometer los internacionalistas de la religión, de la banca o de la diplomacia.

Justo Sencillo.

La juventud burguesa

Acaba de fundarse una nueva liga: la «Liga francesa de educación moral». Sus miembros pertenecen al Instituto, a la Universidad, a la Academia, lo que no es mucho decir. Su objeto, declarado por uno de los fundadores en una interview publicada por *Paris-Journal*, es «la formación de caracteres y de conciencias».

«No debemos disimularnos, ha dicho, que la cuestión es grave respecto de la educación moral de la infancia.»

«La juventud cada día está más depravada, no teniendo ya ningún respe-

to, ni a las antiguas creencias de sus antepasados, ni a los antepasados mismos.»

»Ya es hora de poner un freno a esta educación «moderno estilo» que hace de nuestros hijos libertinos y de nuestras hijas «demi-mondaines».

Creo que este cuadro no está recargado con pesimismo.

Los jóvenes burgueses y burguesas de nueva cepa corresponden muy bien a tal retrato; y en efecto, los que yo conozco son endiabladamente granujas.

El respeto a los padres y a las creencias no les quita el sueño.

Enamorados de sports, de invenciones, de mecánica, desprecian los libros, los ideales, el sentimiento.

Oí un día como un caballerito de doce años dijo a su madre que cuando fuese grande quería ganar muchos millones.—Por qué, le preguntó ella.—Porque con dinero puede comprarse todo.—Te engañas; hay cosas que no se compran.—¿Cuáles?—La afección, por ejemplo.—Ah! esto no hace falta, replicó, con soberbio desdén, el futuro millonario a la pobre mamá sofocada.

Así son ellos: realistas y prácticos, decididos a vivir su vida, como discípulos de Barrés, y no como pobres idealistas. Energía para dar y vender. Manifiestan, contra el ambiente hostil que les rodea, una independencia prodigiosa. Hacen frente a todo y no ceden por nada.

Conozco una familia muy burguesa, muy entonada y también muy religiosa, en que los padres no se atreven a salir con sus hijos que les escandalizan; con gran disgusto de toda la familia, los hijos se visten como tahures, las hijas como cocotas. Han hecho frente a todo, de nada han servido las reprimendas y amenazas y los padres han perdido la fuerza moral. Así se presenta la joven burguesía.

¿Las causas de esta revolución en el temperamento de una clase antes respetuosa y tradicionalista? No he de tomar sobre mí la carga de descubrirlas. Deben ser profundas y alcanzar a todo el conjunto de la vida social, que se americaniza cada día más; y dudo que la «Liga francesa de educación moral» pueda ofrecer un remedio serio.

Por nuestra parte ¿hemos de hablar de mal y de remedio? La independencia y la energía son cualidades que no abundan y con ellas se pueden hacer grandes cosas. ¿Librará la primera de sus prejuicios de clase a los jóvenes burgueses? De todos modos si quieren emplear la segunda en esquilmar al pueblo, se encontrarán de frente con un proletariado que tampoco parece de humor para dejarles hacer.

R. Chaughy.

(Les Temps Nouveaux).

La emancipación intelectual

Mientras el obrero de fábrica se vea obligado a trabajar doce o más horas al día hasta extenuarse de fatiga, jamás podrá convertirse en un hombre. El objeto de todo trabajo ha de ser la satisfacción del hombre. Este ha de ser dueño de su trabajo, capaz de hacer una obra entera. Aquel que en un taller está condenado a fijar cabezas de alfiler, o a sacar el alambre del laminador, etcétera, trabaja mecánicamente, como una máquina; estropea el oficio, no es maestro en él; su trabajo no puede satisfacerle, no hará más que cansarle. Su obra, considerada aisladamente, no es nada, no tiene ningún objeto en sí; considerada en sí misma no es completa, contribuye tan sólo a la obra de otro, y este otro la explota. Para este obrero, siervo de otro, no existe el goce del espíritu cultivado, no tiene más que groseros placeres, pues le está vedada toda cultura. Para ser un buen cristiano basta creer, y esto, el más oprimido puede hacerlo. Por esto los partidarios del cristianismo no se cuidan más que de la devoción de sus obreros sufrientes, de su paciencia, resignación, etc. Las clases oprimidas pudieron resignarse con su miseria mientras estuvieron compuestas de cristianos, pues el cristianismo mató en ellos el germen de todo espíritu de protesta y de rebelión. Actualmente no basta ahogar los deseos, es necesario saciarlos. La burguesía ha proclamado el evangelio de la satisfacción material y de todos los placeres que procura el mundo y se extraña ahora de que esta doctrina halle partidarios entre nosotros los pobres, cuando precisamente ella ha demostrado que no son la fe ni la pobreza lo que hace felices a los hombres, sino los beneficios de la inteligencia y del bienestar. Eso mismo creemos los proletarios.

M. Stirner.

LA CARIDAD

La caridad no sirve para males permanentes. En su explosión obra milagros: se apaga pronto. Dieciocho siglos hace que vino a encenderla Cristo con su palabra y su ejemplo; no han logrado ni él ni sus discípulos que arda constantemente en los corazones. Es duro el rico. Si por un lado le solicita el pobre y por otro el vicio, al vicio abre la bolsa. La abre alguna vez a la miseria cuando se siente al borde del sepulcro; mas sólo por acallar los gritos de la conciencia o no ir al infierno. Acostumbra a ser avaro para sí mismo, cuanto más para sus semejantes.

No la caridad, sino la justicia ha de resolver el problema. ¿Qué razón hay para que mendigue ni reciba de limosna el trabajo lo que de derecho le corresponde?

Pi y Margall.

Apologo de Menenio Agripa

La plebe de Roma estaba cansada de trabajar para el exclusivo provecho de los patricios, dedicados a consumir lo que el esfuerzo de los demás producía. Un día abandonaron todos la ciudad, se retiraron al Monte Sacro, que servía de Casa del Pueblo en aquellos tiempos en que aún no se habían inventado estas instituciones.

Fué la primera huelga general.

Los patricios quedaron en la ciudad aferrados. ¿Qué hacer?

La primera idea que a todos se ofreció fué, naturalmente, vencer a los rebeldes con la fuerza. Pero bastaba echar una ojeada a la situación para abandonar tal propósito. Los patricios tenían armas, pero los proletarios tenían músculos. Aquellos tenían el prestigio social, pero éstos el número. Aquellos, orgullosos, despreciativos, vengativos y prepotentes, éstos, exasperados, desesperados, cansados de sufrir, restre los a mejor a su condición o a morir. Verdaderamente, la lucha no prometía una victoria a los señores.

Un senador propuso que se tratase con los rebeldes y reconducirlos a la obediencia por la persuasión. Fue aclamado.

Este senador el viejo caballero Menenio Agripa, tan buen diplomático como soldado, tan hábil como valeroso; inmediatamente se llegó hasta los plebeyos, que le acogieron con un silencio hostil.

Oírciase somniente con aspecto bonachón, con palabra tranquila. Les saludó con la mano y les dijo:

—Escuchadme, queridos amigos: habéis hecho una verdadera niñada. Os quejáis de ser solos en el trabajo mientras nosotros disfrutamos, pues bien, yo quiero contaros una fabulita. Una vez los cuatro miembros se revolviéron contra el estómago: «¿Qué!, se dijeron, ¿nosotros trabajamos, nos fatigamos y solamente el estómago disfruta? ¿Es justo esto? ¿Por qué ha de ser él quien únicamente goce de las cosas buenas y nosotros nos quedemos sin nada de cuanto le procuramos? Esto debe acabar.» Y los cuatro miembros se declararon en huelga, no llevando en adelante ningún alimento al estómago, gozándose en hacerle pasar hambre.

Pero su satisfacción duró poco.

El estómago, en verdad, permanecía vacío y sufría, pero los miembros dejaban de recibir el jugo nutritivo elaborado por el estómago, y enflaquecían, se debilitaban, caían flojos e indolentes.

Por fortuna, se dieron pronto cuenta de su error, y con la escasa fuerza que aun les quedaba, ya a punto de morir, ofrecieron humildemente alimento al estómago, rogándole que volviese a trabajar para ellos, nutriéndolos como cuando existía buen acuerdo entre él y los miembros.

El senador calló. Un murmullo de aprobación corrió por las filas de los huelguistas. A media voz, decíase en los grupos: «Había bien el señor, tiene razón.»

Pero un viejo llamado Sannita, de aspecto pálido por las largas vicisitudes, de mirar triste, avanzó hacia el ele-

gante orador de palabras melosas y dijo con voz que revelaba antiguas cóleras:

—Señor, yo no poseo, como tú, el arte de tejer artificiosamente un discurso porque soy un pobre trabajador sin instrucción; pero aun así y todo, voy también a contarte un cuentecillo:

Vivía en cierta ocasión un hermoso y robusto carnero que hubiera podido ser feliz si no sufriese el tormento de los animales parásitos. Estos perniciosos insectos penetraban en su carne, chupaban su sangre y engordaban monstruosamente a sus expensas. Por mucho tiempo, el carnero sufrió en silencio, pues siempre había vivido alimentando a sus atormentadores, y todos sus camaradas de rebaño se hallaban en las mismas condiciones que él, como si creyesen que las cosas debieran suceder así necesariamente. Pero un día en que las picaduras de los parásitos se hicieron demasiado crueles, el pobrecillo sintiéndose desfallecer de dolor y debilidad, lanzó un balido de rabia y llamó a sus compañeros:

«Amigos—les dijo—somos demasiado estúpidos dejándonos chupar la sangre y torturar por estos parásitos. Arranquémoslos de nuestros cuerpos.»

Súbitamente, los animalitos alarmadísimos, se pusieron a protestar.

«¿Cómo!—vociferaban—¿Qué rebeláis contra nosotros, ingratos y villanos? ¿No comprendéis que formamos parte de vuestro cuerpo, que somos órganos necesarios para vosotros, como las pupilas a los ojos? ¿Habéis visto jamás un carnero sin nosotros? Sin nuestra compañía no podríais vivir. Arranarnos sería inutilizaros. Nosotros...»

Pero no pudieron acabar. Ya los carneros habían prendido las repugnantes garrapatas con sus dientes, las habían arrancado de su cuerpo ulcerado y las habían pisoteado con sus pezuñas vengadoras. Entonces hasta los carneros más irracionales comprendieron que semejantes insectos no son más que bichos asquerosos y dañinos que no se debe consentir en llevar encima a ninguna costa.

Los plebeyos, entusiasmados, alzaron en sus brazos al viejo Sannita. Menenio Agripa tornó a Roma mortificado, y los patricios se vieron en el trance de aceptar todas las condiciones modestas por cierto—de los huelguistas conscientes de su fuerza.

Max Nordau.

A través de la historia

En lo antiguo, la humanidad greco-latina combate por la libertad civil (abolición de la esclavitud); y vence, mas no reposa, porque la vida es lucha.

La humanidad en la edad media se afana, por la libertad religiosa y la conquista, pero no se detiene.

En el pasado siglo logra la libertad política, que tampoco es el término del progreso humano.

Ahora la humanidad lucha por la libertad económica, y todo hace prever, con seguridad matemática, que también se conseguirá el triunfo, continuando luego nuevas conquistas e ideales nuevos para nuestros sucesores.

E. Ferri.

UN RECUERDO DE 1909

Rebelión y revolución

No dejemos extinguir el último eco de los acontecimientos de Cataluña sin aprovechar las lecciones que de ellos se desprenden.

Tanto de lo que hemos leído como de las conversaciones sostenidas por revolucionarios fugados de Barcelona se deduce que, si bien las causas del aborto del movimiento son numerosas, destácase entre todas la principal, que es la siguiente: el pueblo hallábase pronto para rebelarse—él lo ha demostrado—contra los abusos del poder que sufría, pero no se encontraba preparado para instaurar un nuevo orden de cosas.

Si los republicanos se hubiesen mezclado en la lucha, hubieran podido orientar la revuelta hacia fines que les son propios, pero la acción anarquista les intimidó. Y los anarquistas, rebeldes de sentimientos—pero no de conciencia—una vez finalizada su obra de destrucción no supieron qué hacer de la victoria que, en ciertas localidades, les venía inopinadamente a las manos.

En Sabadell parece que la insurrección fué durante un día dueña de la villa, pero una vez lograda la victoria no se hizo más que esperar los acontecimientos. Y los acontecimientos fueron la ofensiva de la fuerza armada que había recibido refuerzos.

También en Barcelona parece que la insurrección fué durante un momento, dueña de la ciudad, pero, sin duda, el incendio de los conventos y las iglesias bastó para agotar la concepción revolucionaria de los rebeldes, pues, una vez hecho esto no se ha sabido hacer otra cosa que esperar la vuelta de la ofensiva de la autoridad.

¿Actos que caractericen una revolución económica? Ninguno. Ningún ensayo de realización de las reivindicaciones sociales.

Los anarquistas no hubieran sido escuchados: de acuerdo; pero es que tampoco sabían qué hacer, pues no tuvieron el gesto necesario para hacer que la revuelta se trocara en revolución. Y lo peor de todo es que, esto que se ha producido en España, se reproducirá en Francia si estallase alguna crisis revolucionaria.

Esta teoría ha sido mal comprendida, pues parece que los individuos no saben bien lo que quieren ni sabrán aprovecharse de una victoria si, por casualidad, les viniera a las manos.

Y es que la opinión corriente, desde hace mucho tiempo, entre los anarquistas, es que es cuestión de perder el tiempo el divagar lo que debe hacerse durante la revolución o después de ella. Considérase que la teoría es ya sobrado suficiente y que hay que pasar a la acción, atizando las cóleras, sublevando los ánimos y predisponiendo a la rebeldía y a la indisciplina del espíritu de los individuos, creyendo que con esto basta para derribar la sociedad burguesa.

Lo hemos visto en Rusia; lo vemos en España, lo seguiremos viendo constantemente si continuamos imaginándonos que una revolución, que debe ha-

cerse con elementos decididos, puede hacerse como las revoluciones políticas, bajo la simple guía de un plan de revuelta, donde el rol de los sublevados consiste pura y simplemente en desembarazar el camino a los que saben imponerse.

Sé de antemano todas las buenas razones que pueden oponerse: los individuos tienen necesidad de ser secundados; la teoría con sus razonamientos, es impropia para hacer rebeldes; lo que hace falta para arrancar de su inercia a la masa, demasiado inclinada a sufrir pasivamente la explotación, es la palabra que azota, la frase que subleva.

Si los anarquistas tuvieran por objeto, en la revolución que se avecina, echar al gobierno para instalarse en su lugar, hacer rebeldes es suficiente, puesto que ellos ejecutarán ciegamente lo que se les ordene.

Pero no se trata de eso. En período revolucionario, como en tiempo de propaganda, como en cualquier circunstancia de la vida, los anarquistas, o por mejor decir, los que saben y los que tienen más iniciativa, deberán dar el ejemplo para arrastrar a los que tienen necesidad de un impulso para moverse, porque hay que tener presente que tomar la dirección de un movimiento desplegando iniciativa y actividad no es lo mismo que ordenar y agitar.

En el primer caso, si la voluntad de los que son impulsados se halla algo violentada, no es, en realidad, impulsada más que en el sentido que ella misma acepta. Hay que tratar, pues, de que los que sufren el impulso tengan bastante espíritu crítico para no seguir otro camino que el que ellos hubieran escogido; en el segundo caso, cuanto menos razones mejor.

Y he aquí por qué, a pesar de ser mala hora la presente para abogar por la teoría, yo insisto en creer que hay más necesidad de ella ahora que nunca.

Es ya tiempo de no dejarse llevar de palabras, sino de analizar los hechos y sacar de ellos las enseñanzas que nos proporcionan.

La revolución encarnada por los partidarios de un cambio económico total debe romper con el viejo y romántico revolucionarismo del pasado y buscar métodos nuevos más adecuados. Un poco menos de charlatanería y un poco más de estudios; esto es lo que precisamente nos convendría más.

Pensemos en que una derrota del proletariado habría de pagarse cara, y que los 35.000 fusilados del 71 será poca cosa con el furor de la represión que desencadenará en el mundo burgués una tentativa de revolución francamente económica, y que la insuficiencia y la presunción son los elementos más seguros de la derrota.

Nosotros, naturalmente, no podremos escoger el día ni la hora de entablar la lucha, ni mucho menos estar seguros de la victoria, pero sepamos, al menos, reunir las mayores probabilidades posibles sirviéndonos para ello de los hechos pasados.

J. Grave.

Son vuestras iniquidades las que os han separado de vuestro dios, porque vuestras manos están manchadas de sangre.

Isaías.

Es mucha paciencia

¿Todavía no ha sonado la hora de castigar a los viejos ladrones?

¿Hemos de continuar humillándonos, encorvando la columna vertebral y agachando la cabeza descubierta en saludo hipócrita en presencia del amo que nos desprecia y a quien no nos determinamos a odiar?

Esta paciencia excesiva que tenemos los trabajadores representa la continuación del malestar que sufrimos; representa el salario corto y las horas largas del trabajo; representa poco pan y mucha fatiga y nuestras mujeres anémicas y nuestros hijos desnudos y sin educación.

Van pasando los años y el mundo progresa en todos sentidos; se inventan infinitas aplicaciones del vapor y de la electricidad; el ingenio del hombre domina los continentes y los mares y ha comenzado la conquista del aire; el ruido de las máquinas ensordece y el humo de las chimeneas nubla el brillo del sol en las ciudades modernas; al mismo tiempo, la tierra de los campos, estudiada, industrializada, removida por instrumentos poderosos, multiplica su producción y con ella las facilidades para la vida de todos.

Sin embargo, el trabajador, el hombre que produce todas esas maravillas de nuestra civilización, no sólo no goza de ellas, sino que materialmente sufre hambre y desnudez.

Mientras uno es joven y si acertó en escoger buen oficio y ha tenido siempre la suerte de gozar buena salud y de no caer en vicios, aunque se vean de cerca muchas miserias, se puede tener el corazón fuerte y vivir con cierto descuido; pero de semejantes obreros que fueron jóvenes y vivieron descuidados están llenos los asilos y otros piden limosna y muchos murieron desesperados.

El trabajador tiene un período en que es productivo para los burgueses y éstos le pagan entonces por su trabajo lo indispensable para que vaya viviendo y produciendo; pero llega el período de la vejez o de la enfermedad y entonces ya no le quieren los burgueses que se enriquecieron a costa de su trabajo; y el burgués industrial le arroja del taller y el burgués casero le arroja de su buhardilla y el burgués autoridad le prohíbe pedir limosna y el burgués eclesiástico le niega un rincón del hospital si no quiere someter su conciencia a las más indignas coacciones.

Menos mal si todas esas penalidades y humillaciones ha podido sufrirlas solo, por haber tenido en su juventud el corazón cerrado a los cariños de una mujer y haber renunciado a las dulces emociones de la vida familiar; porque si tiene compañera e hijos, todas aquellas desdichas se aumentan con el espectáculo de la mujer enferma, con la noticia del hijo asesinado en las colonias o de la hija seducida por el señorito.

A veces al niño más querido, por bueno, por inteligente o por delicado, le aconseja el médico, no una droga, que al fin se podría pedir, o se podría robar, sino un régimen de vida, buenos alimentos, alegría, mucho sol y aires del campo, precisamente lo que más

sobra, lo que pueden conseguir con tanta facilidad los hijos de los ricos, pero lo que es imposible para los hijos de los pobres que han de ir todos los días a la fábrica y que no tienen campos, porque hasta el sitio necesario para solearse y airearse tiene un dueño y está acotado y tras de la cerca de piedra o de espinos hay un guardia que defiende los frutos de la tierra del amo y los rayos de sol que fecundan aquella tierra y las ráfagas de aire que mueven las hojas de los árboles que son propiedad de un avaro burgués que desprecia la salud y la vida de los hijos de los trabajadores.

Aquel guardia es un trabajador, hijo y padre de trabajadores; y aquel burgués tiene campos y jardines porque muchos trabajadores se afanan para enriquecerle; y trabajadores son los que forman los ejércitos y los que levantan soberbias catedrales y los que edifican las cárceles y los que forjan el hierro de las cadenas y los que luego sujetan con ellas los brazos robustos de los trabajadores que no se quieren someter.

Nosotros mismos somos, por lo tanto, la causa de todos nuestros males; nosotros, es decir, nuestra ignorancia, nuestra resignación infinita, nuestra paciencia sin límites.

Por pacientes, por resignados, por ignorantes sufrimos la ignominia de producirlo todo sin poder disfrutar de nada.

La civilización que hemos creado y que sostenemos con nuestro trabajo, no nos aprovecha, ni nos alcanza la abundancia que ofrece la naturaleza con su fecundidad inagotable, porque pacientemente hemos tolerado que nos lo arrebataran todo los ociosos egoístas, los eternos ladrones que toman una forma distinta en cada período histórico, pero que en el fondo son siempre los mismos zánganos que viven regalados a costa del trabajo fatigoso de las abejas obreras.

El mundo, que es tan bello, la civilización espléndida, la ciencia magnífica, el arte deslumbrador, nada de esto disfrutaremos nosotros mientras seamos resignados y pacientes como nos aconsejan para su provecho nuestros enemigos.

Crearemos la abundancia y viviremos en la miseria, mientras no nos decidamos a sacudir el yugo de nuestros explotadores.

Tantos años de humillación, de resignación, de mal aconsejada paciencia, nos han llevado a esta triste situación. ¿Cuándo escarmentaremos? ¿Cuándo nos cansaremos de sufrir?

¿No ha sonado todavía la hora de que conquistemos nuestro patrimonio, la herencia de nuestros antepasados trabajadores de todos los siglos, riquísima herencia que con nuestro trabajo hemos acrecentado y que queremos legar a nuestros hijos?

¿Todavía no es tiempo de obligar a los viejos ladrones a restituir lo que injustamente nos arrebataron?

¿Hasta cuándo habremos de tener tanta paciencia?

Cristóbal Martín.

No hay que pretender que el pueblo obedezca las leyes, sino le dan ejemplo de obediencia los mismos magistrados.

Licurgo.

¿Quién tiene la culpa?

—Acúsase a la ignorancia y a la indolencia popular de los males nacionales y aún internacionales.

¿Quién tiene la culpa de esa ignorancia y de esa indolencia?

Es cierto que en la ignorancia y en la indolencia radica la culpa de todo, porque el ignorante es indolente o no siente determinada su voluntad en sentido recto, necesario y justo.

Pero de esa ignorancia participan las clases privilegiadas, y si no se les puede acusar de indolencia a la manera popular, tienen en cambio una actividad perniciosa, antiprogresiva.

Pues la culpa de la ignorancia y de la indolencia que lamentamos no es exclusivamente popular, sino general; no es plebeya, ni patricia, ni aristocrática, es humana.

Desde los primeros tiempos que recuerda la historia, probablemente como consecuencia de los tiempos de la prehistoria, surgió la desigualdad.

La desigualdad es la culpable, pero esa culpabilidad abstracta toma forma concreta y tangible y cae como tremenda responsabilidad sobre los que en todos los tiempos y en todos los países usurparon y usurpan el patrimonio social.

¿No hay rico inocente!

Anselmo Lorenzo.

No existe ninguna barbarie comparable a la de la guerra; y, sin embargo, se le concede tanto poder que la prensa enmudece, los ciudadanos callan y todos la secundan, escudados en la frase absurda de que es un mal necesario. ¿Necesaria la guerra! ¿Necesaria la destrucción! Y existen leyes que dificultan ocuparse directamente de estas cuestiones. Hace poco se decía que era antipatriótico combatir la campaña de Melilla. Y todos callaban, y el absurdo se consumó y el resultado escrito está en la conciencia de todos, aunque nos amordacen con encarcelamientos cuando se quiere hablar.

Colombine.

EXAMEN POLÍTICO-ADMINISTRATIVO

El alumno se presenta ante un Tribunal.

PRESIDENTE.—¿Qué es política?

ALUMNO.—El arte de barrer hacia adentro moviendo mucho polvo para que no se note.

P.—¿Conoce usted otra definición?

A.—Sí, señor, la ciencia de enganarse mutuamente.

P.—¿Qué es alcalde?

A.—El administrador de un amo tonto.

P.—¿Podría dar usted alguna explicación a su opinión?

A.—Sí, señor; el amo, del cual administra los intereses, es el pueblo, que generalmente es tonto de remate.

P.—¿Qué es un secretario de Ayuntamiento?

A.—La persona encargada, que para nada sirve, de guardar los secretos de los chanchullos municipales.

P.—¿Qué es un concejal?

A.—Un peón de ajedrez en mano de un mal jugador.

P.—¿Y los tenientes alcaldes?

A.—Los caballos con relación a los peones.

P.—¿Qué entiende usted por nómina?

A.—El único papel sobre el cual escriben a gusto los empleados.

P.—¿Qué son consumos?

A.—Un sistema de contribución que acaba con la paciencia del pueblo y con el dinero del contribuyente.

P.—¿Cuántas clases conoce usted de consumos?

A.—Dos, los arrendados por el cupo y los administrativos.

P.—¿Qué diferencia existe entre unos y otros?

A.—Que el primero se cobra en la Administración y el segundo se cobra en todas partes.

P.—¿Conoce usted algún medio para poner fin a la mala administración?

A.—Sí, señor, pero uno solo.

—¿Puede decir cuál es?

—El diluvio universal.

La violencia y el poder

Un hombre manchado de lágrimas y de sangre, armado de una hacha, entró en la sala del palacio, clavó la hacha en una de las gradas del trono y se sentó junto al rey.

—¡Villano!—gritó el monarca.—¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de sangre vienes. ¿Has cometido algún crimen?

—Sé quien eres,—contestó el villano,—y se también que me lo debes a mí. Sin tí podría yo vivir; tú sin mí, no. Mis crímenes son los tuyos. La sangre que me mancha te ha manchado a ti antes.

—¿Quién eres?

—Soy la violencia, soy el verdugo.

—No te quiero a mi lado. Cumple tu misión donde no hiera mi olfato el olor de la sangre de tus víctimas.

—Tu trono es tan tuyo como mío; no me voy.

—Suprimiré en mis estados la pena de muerte.

—No importa me verás junto a tus soldados. ¿Vas a dejar acaso de ordenarles que disporen contra el pueblo cuando entre en tu palacio y te depongan?

—Mandaré que prendan a los revoltosos, pero que respeten su vida.

—¿Y qué? No dejaré de ser el mismo. Seré quien les ponga los grillos y les ate las cadenas; seré quien les encierre en los calabozos y les vigile desde la reja; seré quien les sirva el rancho y les vea morir lentamente, maldiciéndonos a ti y a mí, lo mismo que mueren hoy un poco más de prisa.

—Suprimiré los cárceles con tal de de no verte.

—No desyarías. Mira desde tu balcón al pueblo amotinado: te llama despota y pide tu cabeza.

—Tienes razón, amigo mío. Aunque vas manchado de lágrimas y de sangre, dame el brazo.

—¿No te lo decía yo? No puedes tratarme de irreverente. Soy tu inseparable compañero.

Francisco Pi y Arsuaga.

CRISTO Y EL CURA

Cristo nació pobre y murió pobre. El cura nace pobre y muere rico.

Cristo ha dicho que todos los hombres son hijos iguales de Dios. El cura dice que algunos tienen derecho de ser dueños y otros el deber de ser siervos.

Cristo quería que le siguiera quien no tuviese dinero. El cura quiere que le siga el que tiene y lo dá.

Cristo instruía a la plebe. El cura quiere la ignorancia.

Cristo amaba a los niños para educarlos. El cura los acaricia para explotarlos y carromperlos.

Cristo abrazaba a la Magdalena arrepentida. El cura abraza a la virgen para... inculcarle satisfacciones *angelicales*.

Cristo enseñaba la religión del amor. El cura impuso la fé con la guerra, la prisión, la tortura y la hoguera.

Cristo recomendaba el buen ejemplo. El cura enseña con el escándalo.

Cristo buscaba los corderos para redimirlos. El cura para esquilárselos.

Cristo arrojó a los mercaderes del templo. El cura es peor que el negociante, porque toma todo y no da nada.

Cristo lloró en el huerto. El cura ríe en la iglesia.

Cristo montaba un asno. El cura se ha hecho tener el estribo y las riendas del caballo hasta por los emperadores.

Cristo andaba descalzo. El cura lleva zapatitos de charol con hebillas de oro y de plata.

Cristo bebió vinagre y hiel. El cura bebe vinos espumantes.

Cristo fué proclamado rey con el bastón en la mano y en las sienas la corona de espinas. El cura ha empuñado la espada conquistadora y ha ceñido la diadema real (que aún la espera).

Cristo llevó la cruz. El cura la hace llevar a los pobres.

Cristo murió crucificado por la redención de los pobres y los humildes. El cura quiere esposas, fusiles y cañones contra los esclavos del trabajo, para poder vivir haraganeando tranquilamente.

Los obreros cocheros

Hace tiempo que los obreros cocheros se vienen quejando de sus patronos que no les quieren dar un día de descanso a la semana, como tampoco pueden disfrutar de una sola fiesta durante todo el año.

Mientras sigan estos obreros lamentándose y esperando del buen corazón de sus patronos el disfrute del mentado descanso semanal, es seguro que se pasarán muchos años trabajando siete días a la semana.

Si en vez de lamentarse acudieran a la Sociedad de Oficios Varios podrían ponerse de acuerdo y exigir por la fuerza de la unión lo que no se les dará nunca de grado y reconociendo que es justicia.

La lucha por el mendrugo

En medio de la calle había un montón de basura. El destartado carro de un traperero se había detenido junto a

él, y el traperero, harapiento y sucio, rebuscó en el montón lo que le convenía y lo depositó en un saco.

Revolviendo basura, surgió de ella un mendrugo de pan sucio. Un barrendero que, con la escoba al hombro, avanzaba silencioso, se apresuró a coger el mendrugo con la mayor naturalidad.

—¡Eh!—gritó el traperero—deja eso.

El barrendero no hizo caso, prosiguiendo su camino. El traperero corrió detrás de él y lo cogió de un brazo.

—Te he dicho que dejes eso...

—¿Qué voy a dejar? ¿Qué?...—refunfuñó malhumorado el barrendero.

—Ese mendrugo, que no es tuyo...

—Es mío, porque lo he cogido

—Estaba en mi montón.

—Lo que hay en medio de la calle es de todos.

—Ese montón lo estaba yo rebuscando...

—Pero no es tuyo.

—Bueno, pues eres un ladrón.

—Eso no me lo dirás otra vez.

—Sí... ¡ladrón... ladrón!...

El barrendero dejó la escoba y el mendrugo en la acera y se lanzó sobre el traperero... Ambos lucharon, descargándose sendos puñetazos, y el fin de la contienda fué la caída de los luchadores al suelo; el barrendero cayó debajo y su cabeza fué a dar con el borde de las piedras de la acera, que le hicieron una extensa herida.

Brotó la sangre y el traperero suspendió los golpes. Llegaron los guardias, se agrupó la gente y poco tiempo después el barrendero era conducido en una camilla a la Casa de Socorro, el traperero entre dos guardias a la Delegación, y por la calle de la lucha bajó a todo correr un perro flaco que llevaba el mendrugo en la boca.

Fabio Alés.

ACTO CIVIL

Se han unido civilmente nuestros buenos amigos Magdalena Bagur y Jaime Llabrés.

Muchos han sido los actos civiles llevados a cabo de poco tiempo a esta parte, lo que demuestra que el obrero mahonés, cada día más consciente, ha dejado de dirigir la vista al cielo para fijarla en la tierra; cosa que no conviene a los curas, pero que interesa mucho a los obreros.

Deseamos a nuestros amigos muchas prosperidades en su nuevo estado.

La castidad de una abadesa

En el siglo XVII, una de las hijas de Federico V, elector palatino y rey de Bohemia, la princesa Luisa Olandina, que era protestante, de la noche a la mañana se fugó de la casa paterna, hizose católica y se refugió en Francia donde recogió el fruto de su conversión: la reina Ana de Austria asignó una espléndida pensión y la nombró abadesa de Maubuisson, cerca de Pontoise.

La santa dama la corrió en gordo, tuvo una infinidad de amantes, tanto seglares como tonsurados, y fué mujer de una fecundidad extraordinaria, y co-

mo tal hizo mención de ella en sus célebres *Memorias* el duque de Saint Simón.

Isabel Carlota, condesa palatina del Rhin y duquesa de Baviera, que por su matrimonio vino a ser después duquesa de Orleans y madre del regente de Francia, en sus *Cartas* escribe, a propósito de la princesa Luisa Olandina:

«La abadesa de Maubuisson tuvo tantos bastardos, que habitualmente solía jurar: *Por este vientre que ha parido catorce hijos.*»

¡Bendita sea la sinceridad!

El grupo Archivo Social de Barcelona ha puesto en venta los siguientes folletos:

A los Campesinos, 0'05 pesetas.

¿Dónde está Dios?, 0'10.

La Peste Religiosa, 0'10.

En tiempo de Elecciones, 0'10.

Como vivimos y como podríamos vivir, 0'10.

Ciencia y Religión, 0'15.

Teoría del préstamo Usurario, 0'15.

El Estado, 0'25.

También tiene en preparación un folleto del profesor racionalista Pedro García, que llevará por título «Orientaciones Pedagógicas».

Los pedidos pueden hacerse a nombre de Felipe Berjau, calle Sagrera, 98, 3.º, 1.ª, Barcelona.

A los paqueteros se les hará el 25 por ciento de descuento.

Sin pan y sin justicia

Y mientras gastamos en Africa, y en Guerra, y en Escuadra, y en Trasatlántica, las gentes desfallecen, se desesperan, emigran.

El problema del hambre hace su brutal y cotidiana aparición en muchos hogares españoles. Para explicaros las amarguras de la ausencia del pan, pensad en el hijo o en el hermano de corta edad vendiendo periódicos en noche helada, vestido de andrajos. Acudid al campo, y ved al niño gastando fuerzas que todavía no ha creado. Pensad en ello y os explicaréis esos trasatlánticos abarrotados de familias españolas. Cuando contempláis un suicida, no os aterrará tanto el momento de la fatal resolución, el dolor de la muerte si le quedaron unos instantes de vida, como todo el sufrimiento que inflige esa vida hasta maldecirla y dejarla. Pues bien; en el emigrante que hambreo meses y aun años antes de resolverse a dejar la patria, lo que aterrará es el proceso hasta maldecir y dejar una tierra que de tal manera desampara a sus hijos.

Rafael Gasset.

EL MELOGRAFO

Un ingeniero sueco ha imaginado un aparato que, funcionando por la acción de la electricidad, puede utilizarse en combinación con todos los instrumentos músicos de teclado, tales como pianos, órganos y armoniums.

Cuando en un instrumento de estos se ejecuta del modo corriente una pieza musical cualquiera, el melógrafo (que así se llama el nuevo aparato) registra los sonidos sobre una cinta con-

venientemente dispuesta para la inscripción de la música. La cinta va recubierta de una substancia parecida a la cera. El trozo musical registrado se puede leer después como un telegrama Morse, y luego ser copiado en notas ordinarias.

Pero el melógrafo desempeña una doble función, pues no solamente registra, sino que también reproduce la música recogida con la expresión y los matices que le hubiere dado el ejecutante.

El aparato resulta, según parece, tan práctico, que la conocida Compañía telefónica C. M. Ericsson, de Estocolmo, se ha hecho cargo de la explotación del melógrafo.

Correspondencia

Cornellá.—V. V.—Recibido 2 pesetas.

Alcoy.—V. T.—Recibido 6 pesetas. Hacemos el cambio.

Barcelona.—J. B.—Recibido 1'50 pesetas.

San Feliu de Guixols.—J. P.—Recibido 10 pesetas.

Sevilla.—J. D.—Recibido 1'50 pesetas.

La Campana.—Centro Obrero.—Recibido 2'40 pesetas.

Barcelona.—A. C.—Recibido 0'65 pesetas.

Biblioteca Acción

Colección de hermosos folletos admirablemente presentados, a 10 céntimos.

Tenemos existencia de los siguientes:

SEBASTIÁN FAURE.—«Contestación a una creyente».

ARISTIDE BRIAND.—«La huelga General».

Serviremos los pedidos que vengan acompañados de su importe.

«Tipografía Mahonesa», Pi y Margall, 25.

EL PORVENIR DEL OBRERO

PERIÓDICO SEMANAL

CONDICIONES

Suscripción Trimestre 1 pta.

Paquete de 25 ejemplares. 75 céntimos.

Número suelto 5

OBRAS ESCOGIDAS que pueden adquirirse en la «Tipografía Mahonesa», Pi y Margall, 25.

A 50 céntimos

¿QUÉ ES EL CIELO? C. Flammarion.

PSICOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN, P. G. Proudon.

EL LIBERALISMO CLERICAL, Ernesto Renán.

OPINIONES, Federico Nietzsche.

DEMASIADAS LEYES, Herbert Spencer.

EL ESTADO, P. Kropotkin.

LA JUSTICIA, Mauricio Maeterlink.

EL PORVENIR DE LA RAZA BLANCA, J. Novicow.

A 75 céntimos

ANÁLISIS DE LA CUESTIÓN DE LA VIDA, A. Pellicer Paraire

«Tipografía Mahonesa», Pi y Margall, 25.—Mahón.